

Entre la nada y el vacío: Consideraciones en torno a la ausencia objetal

Jorge del Río Coll

Resumen

Partiendo de la idea de una huella que muestra un lugar previamente ocupado y unos bordes que la delimitan, surgen una serie de reflexiones sobre las experiencias de vacío, tanto cuando se da esa desaparición del objeto previamente existente como cuando, en situaciones primigenias del psiquismo ha habido una ausencia objetal que era imprescindible para la constitución de éste. Nos preguntamos cómo podrían estar constituidos dichos bordes o límites, así como podría ser reocupado dicho espacio. Dichas consideraciones derivan hacia las interrelaciones entre cuerpo biológico y psique en los momentos iniciales de la vida y abrir la posibilidad de pensar como se podrían influir mutuamente.

Palabras clave: Nada; Vacío; Pictograma; Sensorialización.

Estas ideas surgieron de las imágenes que se me evocaron en el transcurso de un coloquio en torno a la pérdida objetal. Dichas imágenes eran las de una huella en la nieve, que si bien deja patente la ausencia del objeto, también deja unos límites que delatan su presencia previa. Inicialmente, las reflexiones se orientaban hacia ese espacio vacío o vaciado, en diferentes aspectos: lo que había o no había en ese lugar desocupado, así como la naturaleza de sus límites o bordes, y preguntarnos sobre si esos límites permitían o no un intercambio entre el vacío y el medio que lo circundaba. Sin embargo, rápidamente apareció muy influido por el concepto de *Pictograma*, desarrollado por P. Aulagnier (1975) en su libro *La violencia de la interpretación*, la posibilidad de otro tipo de vacío, que más podría denominarse como *la nada* consistente en la ausencia de un objeto cuya presencia sería indispensable para que el psiquismo incipiente del *infans* pudiese constituirse. De ese modo diferenciaríamos un vacío primario, sinónimo de *la nada* y un vacío secundario que sería propiamente *el vacío*. Por último, otro tipo de vacío

que llamaré como *vacío creativo*, muy relacionado cronológicamente con *la nada* y que podría considerarse como una de las posibilidades positivas de la presencia de *la nada*.

Me permito iniciar rompiendo lo que sería un desarrollo evolutivo, planteándonos lo que sería el vacío secundario, que implicaría la existencia previa de un objeto y del cual podemos distinguir dos formas posibles: una primera, que no se correspondería con la idea de vacío y que sería propia de la represión, dado que en la represión el objeto no desaparece y permanece en lo inconsciente separado de su representación palabra y, por tanto, sin acceso al sistema Prc-Cc, pero manteniéndose en lo Icc y manifestando su existencia tanto en los síntomas neuróticos como en la fantasía; una segunda, que sí encajaría con esa idea de vacío, que sería aquella en que el objeto es expulsado a través de lo que Freud plantea en *Las psiconeurosis de defensa*: «Existe una forma de defensa mucho más enérgica y eficaz consistente en que el yo rechaza la representación insoportable al mismo tiempo que su afecto, y se conduce como si la representación no hubiese llegado nunca al yo». Joël Dor (1998), respecto a ese fragmento, precisa que aquél aclara que «[...] al rechazar la representación, el yo se separa también de una parte de la realidad. De modo tal que, al rechazar la representación, el yo se separa también de una parte de la realidad. [...] si la representación es inaceptable es porque la realidad que se le asigna también es inadmisibles». A. Green (2003, página 294), citando a Bion, describe un proceso en dos fases:

en la primera, la identificación proyectiva expulsa de la psique los elementos inadmisibles que no pueden ser elaborados por una experiencia frustrante. Como los elementos evacuados buscan retornar a su habitáculo originario, la psique está obligada a proceder a una nueva evacuación donde el conjunto del psiquismo (y no sólo los elementos indeseables) es expulsado, dejándolo exangüe y habitado únicamente por relaciones de objeto *descarnadas*.

En estas ideas queda más patente como el objeto es rechazado del psiquismo y con él una parte de esa realidad interna o externa que se presentó como frustrante. Si nos planteamos las situaciones traumáticas en función de la permanencia-existencia o no del objeto como traumas positivos o negativos, en el trauma positivo se requiere un objeto sobre el cual se ejerce una actividad de represión, que se da sobre la representación palabra, por lo tanto de algún modo persiste el objeto sobre el que recae esa actividad de represión. En el trauma de lo negativo el objeto está excluido por medio de la escisión, la renegación o forclusión. En el trauma positivo actúa Eros, el proceso represivo impone la constitución de contratexias, mientras que en el trauma negativo la actuación corresponde a la pulsión de muerte, la cual ejerce su acción a través de la descatectización. Respecto a los efectos positivos o negativos del trauma; Freud en *Moisés y el monoteísmo* dice: «los primeros constituyen tentativas para devolver un valor al traumatismo, es decir reanimar el recuerdo del incidente olvidado [...] Las reacciones negativas tienden a un fin diametralmente opuesto. Los traumatismos olvidados no acceden más al recuerdo y nada se encuentra repetido» [citado por Claude Janin (2005, página 55)].

Siguiendo las anteriores citas de Freud podrían sugerirse dos posibilidades: una de ellas cuando el yo ejerce una función defensiva radical. La otra, más inicial, cuando las condiciones constituyentes del psiquismo han sido deficitarias creando una ausencia de representación. Si bien Freud plantea una situación en donde previamente existe un yo, nos indica una consecuencia y es la de un vacío representacional, pero hay otra posibilidad de efectos similares, como cuando el yo no está todavía suficientemente constituido porque el *infans* no ha recibido las experiencias suficientemente satisfactorias para que se organice un rudimento, inicial, de psiquismo.

Siguiendo la imagen de la huella, planteo preguntarnos por sus límites y cómo queda constituido el espacio que deja, así como la naturaleza de los límites, lo que se puede suponer de diferente modo según sean *primarios*, es decir correspondientes a *la nada*, o *secundarios*, en este caso más próximos a la idea de vacío o hueco.

El objeto no presente deja unos lindes, al igual que la pisada en la nieve muestra algo que estuvo y dejó de estar, pero de algún modo en su ausencia mantiene su presencia. Pero si ese objeto no se halló, por que no existió y es un objeto que poseería la cualidad de ser indispensable para el *infans* en cuanto elemento constituyente de su psiquismo,

también dejará algún tipo de marca delatora de su carencia. El objeto ya sea ausente en su origen por su no existencia en los inicios del psiquismo o alucinado negativamente, en cuyo caso ha habido un objeto previamente, deja algo en el espacio de lo no representable.

En el caso del vacío secundario, la defensa implica el establecimiento de contratexias para mantener alejado el objeto, las cuales serán constituyentes del los bordes de la ausencia. En el caso de *la nada*, dado que el objeto nunca existió de un modo suficiente para haberse podido constituir como tal, deja a una parte del soma del *infans* (aquél que debería haberse satisfecho con el objeto) en una situación de insatisfacción y, por tanto, la única posibilidad es la percepción del displacer por estasis de la libido somática. En este caso, por imposibilidad de un investimento ligado a *Eros*, sólo queda la pulsión de muerte como medio de neutralizar el displacer a través de la despsiquización, la desorganización somática o la fijación a este displacer como único existente posible por medio del masoquismo primario, siendo estos elementos los que constituirían los límites de *la nada*.

La angustia se daría ante estos espacios psíquicos no reconocidos, ausentes o fragmentados, rellenos con objetos bizarros, algo similar a lo que sería un bache relleno con residuos o escombros. Angustia que podría dar paso a conductas autocalmantes como medio de huir de ella ante la imposibilidad de un procesamiento representacional y de ligadura. Como esa incapacidad de ligazón representacional generaría tensión (angustia) otra de las posibilidades de liberar la excitación sería a través del comportamiento, pero sería un comportamiento básicamente evacuativo de la tensión sin un corolario afectivo que lo acompañase.

Ante el traumatismo, la pulsión de vida conduce a la permanencia del objeto a nivel de lo inconsciente tras la actividad de la represión, permaneciendo la representación como representación cosa y la actividad de la pulsión de muerte en su efecto descatectizador actúa sobre la representación palabra. Ante el traumatismo, la pulsión de muerte ejerce la compulsión de repetición como modo e impide nuevas catectizaciones, con lo que de modo parcial logra llegar al *deseo de no deseo*, o lleva a mantenerse fijado a un único fin de deseo que no permite nuevas investiduras generadoras de tensión psíquica.

Si la pulsión sólo puede manifestarse a través de la investidura del objeto, cuando el objeto no existe, ya sea porque nunca existió o desapareció de modo

radical, la acción de descatectización sólo puede ejercer su acción sobre el órgano (cuerpo) o sobre la propia función psíquica en forma de lo que podríamos llamar un *antiproceso psíquico* o despsiquización. Maldavsky (Comunicación en Gradiva, Asociación de estudios psicoanalíticos), plantea que cuando la tensión somática (libido somática) no puede descargarse, la única posibilidad para hacer desaparecer la tensión es la alteración del órgano, lo que acarrea su alteración o destrucción.

El trauma positivo conduce a la elaboración, al establecimiento de defensa ya frente al conflicto como en el síntoma neurótico o en su fijación caracterial, a través del compromiso neurótico. El trauma negativo en ausencia de objeto de representación lleva al enquistamiento del mismo. Pienso que las paredes del quiste, como metáfora, serían similares a los bordes que deja una huella, constituidos en este caso por lo que podría ser la actividad de los procesos defensivos conducentes a suprimir de modo radical el conflicto o los conducentes a la supresión de la actividad psíquica. Dicha supresión sería a través de un proceso de desobjetalización y de modo especial recaería sobre el aspecto pulsional y afectivo. Ello sería sugerente del proceso de desmentalización y en especial de aquello que estaría en contacto con el afecto, lo que nos llevaría a evocar tanto los elementos beta de Bion (en la psicosis) como la alexetimia o el pensamiento operatorio (en el psicósomático) en donde esos bordes del vacío estarían constituidos por la exacerbada presencia de una hiperpercepción de lo real fáctico con ausencia del componente afectivo o más ampliamente de lo emocional. Sería como si ese vacío representacional tuviese que ser protegido por una muralla defensiva constituida por una percepción hipertrofiada de un medio externo desprovisto de significación afectiva, dado que el riesgo de que esa defensa se hundiese implicaría enfrentarse a una angustia sin objeto, cuyo ejemplo dramático serían las vivencias delirantes de fin del mundo propias de los procesos psicóticos incipientes.

P. Aulagnier (1975, página 28) dice: «Todo acto de representación es coextenso con un acto de catectización y todo acto de catectización se origina en la tendencia característica de la psique de preservar o reencontrar una experiencia de placer». Respecto al *vacío* podría pensarse cómo podrá representar si lo que debería ser representado se halla ausente y cómo va a distribuirse la libido si se halla carente de un objeto. Hemos de tener en cuenta que la teorización del pictograma nos indica que el primer esbozo de psiquismo se constituye en el

encuentro de una sensorialidad que está dispuesta para percibir a un objeto cuya presencia hace que esa sensorialidad se sensorialice, encuentro éste, entre el *infans* y el objeto que es inaugural del psiquismo (*proceso originario*).

Aulagnier plantea que toda representación en cuanto implica catexia, da lugar en su constitución a la experiencia de placer, pero también en cuanto proceso pulsional lleva a la paradoja del *deseo de no tener deseo* (expresión de la pulsión de muerte; Michel Fain sugiere esta función de la pulsión de muerte en el acto de dormir, por el cual se ha de descatectizar la percepción extra e intrapsíquica para que se pueda dar el dormir, pero al mismo tiempo ese acto de dormir y descatectización de la percepción externa lleva a que pueda darse el proceso de ensoñamiento). Para Aulagnier (1975, página 28) se dan:

[...] dos representaciones antinómicas en la relación entre el representante y lo representado, acorde cada una de ellas con la realización de un propósito de deseo. En una la realización del deseo implicaría un estado de unificación entre el representante y el objeto representado y esa unión es la que será causa del placer experimentado. En la segunda el propósito del deseo será la desaparición de todo objeto que pueda suscitarlo, lo que determinará que toda representación del objeto se presente como causa de displacer del representante.

Este largo párrafo podría mostrar como un objeto externo podría hallarse ausente cuando debería ser susceptible de ser representado, y esta ausencia sería fuente de displacer y, por tanto, de no investimento, pero si el objeto estuviese presente y no aportase cualidades suficientemente positivas para volver posible su representación, (es decir, que dicho acto representacional no pudiese aportar un mínimo de experiencia de placer), es entonces cuando la pulsión de muerte ante el fracaso de *Eros*, descatectiza al objeto creando *la nada* o el agujero psíquico en su representación y lo que quedaría investido sería la experiencia de displacer. Este investimento del displacer ante la ausencia del objeto, pero también ante la insuficiencia que todo objeto poseerá en su función, podrá ser neutralizado si llega a poderse intrincar con *Eros* por medio del masoquismo primario. Este aspecto de la ausencia del objeto es lo que haría diferenciar el *vacío* de la *nada*, porque en el vacío habría un objeto que se excluyó de un psiquismo y desde este psiquismo se organizarían los medios defensivos para neutralizar los efectos del vacío. Pero en el caso de *la nada* lo

que está en juego es la presencia de lo psíquico. Sin embargo, a pesar del efecto perturbador de la ausencia de objetos que permitiesen a través de su presencia y de su función que se fuesen constituyendo los primeros elementos del psiquismo, también hemos de considerar que desde ciertos grados suficientes de esa *nada* va a poderse dar también la creatividad y la individualidad. Es decir, que ha de haber presencia pero también ha de haber ausencia para que aparezca el objeto, en este caso el objeto interno.

En tanto los tres procesos que Aulagnier (1975, página 27) describe: proceso originario:

Todo existente es autoengendrado por la actividad del sistema que lo representa; éste es el postulado del autoengendramiento cuyo funcionamiento caracteriza al proceso originario. Todo existente es un efecto del poder omnímodo del Otro; este es el postulado característico del funcionamiento de lo primario (*es decir aquello que se expresa en el fantasma y su corolario: el deseo*). Todo existente tiene una causa inteligible que el discurso podrá conocer; este es el postulado de acuerdo con el cual funciona el proceso secundario.

Esta inteligibilidad corresponde al funcionamiento del yo que se rige a través del principio de causalidad: causa-efecto.

Volviendo a *la nada*, en tanto el proceso originario es una experiencia no lógica o no ideica (no yoica), puede ocurrir que en esos casos la ausencia del encuentro entre objeto y sensorialidad, quede sustituida por una hipertrofia del funcionamiento yoico (secundario) con exclusión del componente afectivo (pensamiento operatorio) y desiderativo, el cual, este último será sustituido por los reclamos narcisistas del yo ideal.

A lo largo de su obra P. Aulagnier va mostrando que la psique se organiza en la «situación de encuentro» con los objetos que se hallan en un espacio heterogéneo y cuya asimilación como algo de la propia psique es el proceso que se da en la representación en los tres niveles: originario (pictograma), primario (fantasmático) y secundario (yoico).

El proceso originario es más un proceso perceptivo de encuentro entre objetos e *infans*. El primario es la relación deseante y el secundario está dominado por la causalidad. El primer encuentro es con el propio cuerpo y con el mundo externo, este último básicamente expresado en el espacio psíquico de la madre y sólo podrá ser representado aquello que sea compatible de ser homologado por

el sistema en un momento dado. Ahí estaría implicada la especificidad biológica y los aportes adecuados, o no, que la psique materna aportará. Por eso podemos pensar que, en la adecuación de estos aportes, es lo que permitirá el investimiento representacional y su inadecuación la descatectización, la irrepresentabilidad y en definitiva *la nada*.

P. Aulagnier (1975, página 41) explica que en el proceso originario la no presencia del objeto induce a la única reacción posible: «que niegue el estado de falta, la primera respuesta natural es desconocer el cuerpo y conocer solamente el estado que la psique desea reencontrar, lo que revela un rechazo en beneficio de un estado de quietud y de un estado de no deseo». Si esta hipótesis la prolongamos hacia el proceso secundario, constituido sobre un déficit en los dos anteriores, se nos hace más comprensible que ese tienda hacia una ilusión narcisista. Se podría decir que la desadaptación entre lo que se ofrece y lo que el *infans* se hallaría en espera de recibir en ausencia de la que debería ser recibido, la psique no podría reaccionar de ningún otro modo que intentando lograr el estado de reposo, el estado de no deseo (*Tánatos*) o como equivalente un estado de no excitación.

El *no deseo* como proceso de desinvestidura generaría una ausencia representativa, precisamente de aquello que sería consustancial al proceso originario, y en el caso de desadaptación entre el objeto y la sensorialidad del *infans*, esas experiencias serían dolorosas o frustrantes, y los afectos ligados a ellas tendrían un potencial valor traumático. (Esto podría equipararse al traumatismo negativo.) Green (2003, página 306) refiriéndose a las experiencias frustrantes en la relación madre-hijo escribe: «[...] el sujeto que vivió el desamparo, la negligencia, y la falta de interés, [...] si el sujeto intenta pensar el objeto materno en sí, se siente ante un vacío o un agujero».

En el proceso de evolución hacia el proceso secundario, aquél que corresponde al yo, en sus cualidades de causalidad e inteligibilidad, este yo se hallaría mermado en su capacidad de representar los afectos, ya que es precisamente el proceso originario o pictograma en donde se da la sensorialización y, por tanto, es una experiencia de base somática, lo cual nos acercaría a los orígenes de la alexitimia, o a una potenciación de los factores racionales con la consecuente minimización de lo afectivo (pensamiento operatorio), y por eso mismo la posibilidad de percepción de características sensoriales de los afectos, quedando lo somático en cuanto base de lo

afectivo sometida a la única salida posible que sería su alteración interna.

En relación a la constitución del pictograma, P. Aulagnier (1975, página 42) establece las condiciones necesarias para la representabilidad del encuentro:

[...] la actividad del proceso originario es coextensa con una experiencia responsable del desencadenamiento de la actividad de una o de varias funciones del cuerpo, originada en la excitación de las superficies sensoriales correspondientes. Esta actividad y esta excitación exigen el *encuentro* entre un órgano sensorial y un objeto exterior que posea un poder de estimulación frente a él. En sus *puestas en forma* el proceso originario retoma este modelo sensorial. La representación pictográfica de este encuentro exhibe la particularidad de ignorar la dualidad que la compone. Lo representado se presenta ante la psique como representación de sí misma [...] (la cursiva es mía).

Siguiendo ese párrafo de Aulagnier, imaginémosnos una porción biológica o parte del soma del *infans*, en un primer momento inaugural de la vida, este soma tendrá un potencial evolutivo *per se*, dado por su equipaje genético, que le llevará a un desarrollo por sí mismo. Tendrá una energía potencial que se transformará en energía cinética, si usamos la terminología de la mecánica, en su proceso de constitución. Ahora bien, esta potencialidad evolutiva en muchos órganos no dependerá para su desarrollo de aportes externos (ambientales), pero si consideramos aquellos elementos somáticos que sí precisan para su desarrollo del aporte externo de un objeto, la no presencia de ese objeto (satisfactor de la necesidad) dejará a la parte somática con una potencialidad frustrada en su desarrollo. Podríamos pensar junto a Maldivsky que esa potencialidad, en psicoanálisis compatible con el concepto de libido somática, genera una tensión que en ausencia de satisfacción, sólo podrá disminuirse o aliviarse por la alteración de ese soma. Si seguimos elucubrando sobre ese momento inaugural del psiquismo vemos que en el momento en que hay aún un *vacío psíquico*, ese vacío va a llenarse por la presencia de la multitud potencial de experiencias que el ambiente puede llegar a aportar y esas experiencias van a incidir sobre una dotación genética que podrá llevar a la aparición de un fenotipo en función de la cualidad de aquellas. Ahí también serían sugerentes las ideas de Illya Prigogine (1983) que desde la físico-química aporta sobre estructuras disipativas o fluctuaciones. Prigogine muestra que lejos de las

situaciones de equilibrio, los sistemas físico-químicos siguen una evolución lineal y determinista durante un periodo, hasta que en un punto se produce una zona de inestabilidad que da lugar a una nueva forma de organización del sistema, ya no predecible de un modo determinista dándose lo que llama una disipación y fluctuación. Si bien todo sistema complejo (lejos de las situaciones de equilibrio termodinámico, que por otro lado son las menos comunes en la naturaleza) en su proceso evolutivo temporal llega a ese punto de inestabilidad, plantea que en situaciones de aportes de energía, presión temperatura, etc., éstas fluctuaciones son más probables de surgir. Volviendo al *infans*, en esos primeros momentos correspondientes al pictograma o proceso originario, en donde lo corporal y su sensorialidad van a desarrollarse en función de las presencias de las experiencias de satisfacción, aportadas de modo principal por la función maternal y, siendo un soma genéticamente dotado, estas experiencias, podemos suponer, que van a aportar las condiciones para que pueda favorecer ya unas influencias u otras sobre esa base genética por un lado y por el otro un tipo de representaciones psíquicas según sean suficientemente satisfactorias o no. Es decir que al igual que en el mundo físico las condiciones del ambiente podrán llevar a fluctuaciones de los sistemas, en el *infans* las condiciones del cuidado, la consecuente capacidad de satisfacer la necesidad tendrá la potencialidad de generar *fluctuaciones* (si se me permite el traslado del concepto).

Preguntémosnos qué ocurre cuando el objeto externo no se presenta, ¿qué es lo que entonces se representa en el psiquismo? Hay ahí diversos planteamientos respecto a esa ausencia, primero un objeto que debería haberse presentado para acoplarse a una sensorialidad que lo estaría *esperando*, no lo hace. Por lo tanto, lo que debería *metabolizarse* para constituir lo psíquico no está y algo de lo psíquico quedará pendiente de constituirse. Ahora bien, si el órgano sensorial, privado de su objeto, es catectizado por la libido somática, se producirá una reacción de displacer que sí podrá ser catectizada como tal.

Frente a ello, la pulsión de muerte puede ejercer una acción deslibidinizadora con el fin de anular la excitación, pero por otro lado lo que queda catectizado es el displacer y ese pasará a ser lo que quedará constituido como psíquico. Si el displacer generado por la ausencia del objeto pasa a ser psíquico, podría darse durante el proceso evolutivo una potenciación del proceso secundario, aquél que es propio del yo y de su funcionamiento, el

establecimiento de una lógica de causalidad, pero que en estos casos se encontrará descompensado ante un proceso originario que se ha visto distorsionado en sus posibilidades de *metabolizar* los afectos. Esa hipertrofia de lo secundario está muy próxima a las formaciones del yo ideal y su exigencia narcisista en donde lo emocional está muchas veces vivenciado como una amenaza al ideal narcisista.

La experiencia de vacío, en tanto lugar sin representación está íntimamente relacionada con el concepto de *Verwerfung*-repudio-forclusión: en el Diccionario de Psicoanálisis (1981, páginas 380-381) se precisa que el repudio «se diferencia de la represión en dos sentidos: 1) los significantes repudiados no se encuentran integrados en el inconsciente del sujeto. 2) No retornan ‘desde el interior’ sino desde el seno de lo real, especialmente en el fenómeno alucinatorio.» Este fragmento nos aproxima de nuevo a lo que planteábamos en relación a los traumas positivos o negativos; en tanto en el positivo permanece una representación (significante), en cambio en el negativo esa representación no se halla en el interior del psiquismo. Ahora bien, esta argumentación es en el supuesto de tratarse de un mecanismo defensivo desde el yo, defensa radical, desde luego, pero el planteamiento que hacemos es el de situaciones primigenias básicas en donde la carencia de adecuación de los objetos o su simple ausencia provoquen un vacío representativo, no por defensa sino por la falta de un proceso que hubiese permitido su representación en el psiquismo incipiente.

En relación a ese vacío representativo se daría otro lugar de reflexión. Las diferentes repercusiones o diferencias entre la incorporación y la introyección. Si bien la incorporación «de un modo más o menos fantasmático introduce y guarda un objeto dentro del cuerpo» (páginas 195-6), la introyección «hace pasar en forma fantaseada del ‘afuera’ al ‘adentro’ objetos y *cualidades* inherentes a estos objetos» (página 205) (la cursiva es mía). Subrayo «cualidades» como principal elemento diferenciador. Pienso que la incorporación introduce el objeto, pero en tanto no llegue a integrar sus cualidades (o funciones), se diferencia de la introyección, y más aún en tanto la incorporación barraría el paso hacia la introyección. En las patologías no neuróticas es un objeto que no ofrece más satisfacción que en el momento de su introducción, pero fracasa en lo que siguiendo de nuevo a Aulagnier sería su *metabolización*, es decir, la posibilidad de

convertirse en parte del ser psíquico, algo parejo a un proceso de *malabsorción intestinal* en donde el alimento no llega a descomponerse para poder ser aprovechado e integrado como parte constitutiva del organismo. Ello es sugerente de las *organizaciones* o *an-organizaciones*, límites en donde tendencias adictivas o impulsividades orales, significarían la imposibilidad de llenar un vacío condenado a hacerse cada vez mayor. En referencia a las bulimias en su lucha contra la sensación de vacío interior escribe A. Green (2003, página 107): «Vacío difícil de calificar, por detrás de lo que parece un vacío físico, el paciente sufre de vacío psíquico, como si careciera de objetos internos y debiera suplir la falta a toda costa ingiriendo objetos externos indiferenciados».

Integrando estos elementos a los planteamientos previos, fallos en la adecuación de los primeros cuidados maternos o déficits en los encuentros entre la sensorialidad del *infans* y los objetos a ella, comportarían creaciones de vacío en el funcionamiento psíquico y tal como sugeríamos la pulsión de muerte, carente de *Eros* y de un mínimo de placer ejercería su efectividad descatectizadora o más aún desarrollaría una actividad conducente al *deseo de no deseo* que podría implicar la creación de unos bordes al vacío, al modo de las paredes de un quiste, que impidiese la llegada de nuevos objetos. La figurabilidad metafórica de la *malabsorción* sería una imagen sugerente de dicha situación.

Habría que diferenciar diferentes aspectos del vacío tanto por sus orígenes como por su forma constitutiva.

En cuanto a orígenes es diferente el vacío *primario* (*la nada*), aquél dado por déficit en la constitución del psiquismo, de aquél que se da como *secundario*, una vez el psiquismo ya se halla constituido.

El *primario* se daría por fallos en la función del objeto materno, pero también podría plantearse que fuese por fallos en la captación de la sensorialidad desde el *infans*, lo que sugeriría potenciales deficiencias de origen biológico, precursoras o determinantes para la constitución de organizaciones psíquicas deficitarias, con lo que podría conciliarse paradigmas neurobiológicos y psicoanalíticos.

En este vacío de *la nada* quedaría una parte del psiquismo no constituido y ahí habría de cuestionarse dos aspectos: primero la ausencia de representaciones-cosa y, en segundo lugar, las reacciones de los otros elementos del psiquismo que actuaran frente a ese lugar vacío.

El vacío *secundario* se generaría por mecanismos defensivos radicales como la *verwerfung*-repudio-forclusión. Ahí también sería posible distinguir entre la exclusión de la representación-palabra o la representación-cosa. Si lo excluido es la representación palabra, *sensu stricto*, no se podría hablar de vacío y sí de represión, siempre que la pulsión de muerte no actúe masivamente descatectizando el conjunto reprimido del resto del psiquismo. Si la defensa actúa sobre la representación cosa nos hallaríamos más cerca del vacío en sí.

La pregunta a hacerse es: ¿qué hay en ese espacio vacío? Dicho de otro modo, es plantearse la arquitectura del vacío. Diferentes imágenes se pueden sugerir, la de hueco o la de quiste pero también, la de agujero negro con su potencial de atraer, neutralizar y acallar todo aquello que se aproxima a él, y eso de forma cada vez más ampliada. Este vacío quedará como un hueco sin materia psíquica o se llenará de algo, un algo organizado o de un algo bizarro, tal como señalé anteriormente como el bache rellenado de escombros.

Otra pregunta a hacerse es qué constituye los bordes o límites del vacío. Se podría sugerir que frente al vacío lo que aparece es la pulsión de muerte. Maldavsky (página 21) dice: «El proceso de alteración interna es la forma primordial de resolución de las tensiones, y cuando se mantiene este criterio, en lugar de surgir las *acciones específicas*, se pone de manifiesto la pulsión de muerte» (cursivas mías). La acción específica sería similar a la presentación del objeto en el pictograma. Por tanto, esta ausencia de objeto o de acción específica lleva a la actuación de la pulsión de muerte. Se dé o no la alteración del órgano (apagamiento de la tensión), la ausencia del objeto proveedor de la acción específica o estimulador de una sensorialidad que lo espera, implica una tensión acrecentada o aumento de tensión de la libido somática, que a modo de herida, por sobreinversión de los bordes de ella, se constituye una barrera a la hemorragia libidinal (esto podría hacer pensar en el masoquismo primario). Se podría trabajar la idea de que el vacío da origen a una barrera membranosa en donde una de sus características fundamentales sería la insensibilización. Aulagnier plantea que si se dan déficits en el proceso originario, propio del pictograma, el proceso secundario, que no por carencias del originario deja de estar, adquiere predominancia sobre los que lo anteceden (originario y primario) con lo que el yo que se basa

en una lógica de causalidad, lleva a un psiquismo empobrecido para las captaciones afectivas o vinculadas a la fantasmática del deseo. Si la membrana de un quiste es una superficie barrera que encierra el contenido, en lo psíquico la actuación de la pulsión de muerte o en su defecto la ausencia de satisfacción libidinizada, se daría una alteración a nivel del órgano, conducente a hacer desaparecer la fuente de tensión, que sería similar a lo que en lo biológico es una superficie muerta, o bien la aparición de mecanismos autocalmantes serían usados como formas de alivio de la tensión, formando esa barrera, digamos que *quística*, y cuyo fracaso conduciría a angustias de tipo psicótico, ante la ausencia de objetos internos, o hacia la desorganización somática, es decir que esos mecanismos autocalmantes funcionarían como niveles de fijación frente a la desorganización operativa que nos enseñó P. Marty.

Otro aspecto de reflexión acerca del vacío, estaría ligado con la clínica actual que acude a las consultas de los analistas. Cada vez vemos menos neurosis de transferencia, aquellas que dada su capacidad de simbolización permitirían un análisis clásico, por el contrario buscan asistencia patologías en donde predomina el sufrimiento narcisista, ya sea en las formas de las neurosis narcisistas o aquellas en donde por el contrario hubo un déficit en la *narcisización* del *infans* por parte de sus progenitores (*su majestad el bebé*, brilla por su ausencia). En estas patologías se da un déficit en la simbolización y el lenguaje cae en la concreción, con la consecuencia que deviene un lenguaje empobrecido en su capacidad de manejar los afectos y de la palabra como vehículo de un pensamiento simbólico. Lo traumático no estaría tan ligado a lo edípico como a los fallos en los procesos de separación-individuación pre-edípicos. Se podría pensar si ello no estará relacionado con el deterioro que la evolución de usos sociales ha acarreado en los hábitos de atención del niño, cada vez más alejado de personajes parentales estables y presentes. Si a ese aspecto atendemos que muchos de los sufrimientos de nuestros pacientes tienen que ver con neurosis actuales, en donde diferenciando las iniciales concepciones freudianas que las atribuía a insuficientes satisfacciones libidinales directamente implicadas en la sexualidad, podemos ampliar que en la actualidad las experiencias vitales propiamente satisfactorias y cumplidoras de deseos muchas veces están limitadas por una realidad social que exige rendimientos casi imposibles de acceder. Refiriéndose a ello A. Green (2003, página 45) dice:

En realidad, si lo miramos con detenimiento, corresponde señalar la preocupación de Freud de brindarle al tratamiento psíquico su máxima eficacia, casi como si estuviéramos diciendo que es psíquicamente tratable lo que ha sido objeto de psiquización. Esta psiquización se manifiesta en dos formas: por un lado, con la adopción de una vía más larga de la que lleva a somatización, corta por excelencia, y por el otro, con una capacidad de movilización que permite al sujeto salir de sí y de sus fijaciones pasadas mediante una nueva investidura de objetos externos a él.

Si los fallos en primeras etapas del desarrollo (proceso originario-pictograma) acarrearán déficits en esa psiquización se podría deducir que dadas las consecuencias posteriores sobre los procesos primario y secundario, vida fantasmática ligada al deseo y desarrollo yoico, sería fácil encontrarse con manifestaciones clínicas cercanas a las neurosis actuales, en donde predominan expresiones ansiosas difusas, hundimientos depresivos y fragilidades hacia la somatización.

Si en las neurosis actuales hay una insuficiente libidinización de lo psíquico, es susceptible considerar que la experiencia de *vacío primario: la nada* (en la constitución del psiquismo) conducirá a una dificultad en su constitución, con la consecuente deficiencia en el manejo de representaciones palabra y su enlace con las representaciones cosa. Ahí la palabra se convertiría en un instrumento comunicacional *frío*, desprovisto de su capacidad simbólica y de ligazón afectiva. Por ello, las manifestaciones clínicas actuales, donde lo actual no sólo sería una referencia nosológica sino que corresponde a lo que en la actualidad se manifiesta como queja en las consultas de salud mental, y digo salud mental diferenciándolo de la consulta del psicoanalista ya que en estas últimas el sujeto que sufre ha obviado los numerosos cantos de sirena que prometen soluciones por caminos en donde el sujeto-paciente se sitúa pasivamente a la espera de una solución iluminada, diferente de la posición del que acude al analista, del cual se puede presuponer un mínimo de cuestionamiento sobre el sí mismo y su propia historia. Con extrema frecuencia nos encontramos con discursos planos, descriptivos en lo superficial, ausencia de unos mínimos de introspección, proyección sobre lo externo o sobre algo de lo corporal de cualquier atisbo de responsabilidad sobre el propio sufrimiento, en donde a menudo intuimos el rechazo o la descalificación cuando se inquiere sobre aspectos relacionados con su propia historia. Es como si ese vacío psíquico perpetuase a un ser que niega una

parte consustancial de sí mismo, o más que negar, una parte que no se puede expresar porque no se constituyó. Por el contrario, nos encontramos con una hipertrofia de un pensamiento lógico, que sigue las cualidades del proceso secundario, que en un exceso de racionalización no deja paso a las manifestaciones afectivas o al reconocimiento del deseo.

Ahora bien, se ha hablado del vacío y ese adjetivo sustantivado nos puede llevar a engaño, ya que asimilado a las diferentes opciones que puede tener, ya puede referirse a algo de lo físico, a una ausencia, a un agujero, o tal como lo concibe el pensamiento oriental a un lugar de origen de lo nuevo. Respecto al vacío *secundario* esta acepción podría ser la más cercana en tanto algo que ha sido excluido del espacio psíquico, dejando ese *agujero*. Pero en el caso del vacío primario (*la nada*) este modelo no tiene porque servirnos. Sería más cercano al concepto de espacio vacío, de ausencia de elementos psíquicos y de límites definidos de él. Así como en el *secundario* sería susceptible de poderlo pensar como situado en un espacio imaginariamente localizado por unas supuestas coordenadas, en el vacío *primario* sería más un lugar sin referencia, flotante, un algo que no se puede hallar en tanto no se ha constituido. Es sugerente de ello la novela *El inombrable* de Samuel Beckett en donde el narrador expresa un monólogo de sí en el que carece de cualquier referencia externa a él e incluso de sí mismo.

Esa nada, a la que podríamos rebautizar como *ausencia*, se daría por la no existencia o no constitución de un espacio psíquico, el cual se halla carente de representaciones objetales, con carencias en la organización de una sensorialidad y en donde predominarían en todo caso formas de *pseudo-organización* automatizadas, entre las que podríamos pensar que se dan más inscripciones instintivas que propiamente pulsionales, o formas evolutivas *inerciales* del psiquismo. Eso nos acercaría en sus extremos a las psicosis, a las que se podría llegar tanto por situaciones traumáticas desde el objeto como por los déficits endógenos (neurobiológicos) que incapacitarían ligar la sensorialidad a los objetos. Por ahí podría haber un punto de encuentro entre las concepciones psicologistas y biologists.

Si pensamos el vacío desde cómo lo concibe el pensamiento oriental, es decir, como lugar de origen de lo nuevo, es decir, como lugar de creación, podemos seguir pensando en ese momento de encuentro entre algo que devendrá objeto en ese encuentro y ese algo somático que devendrá en

percepción inaugural de lo psíquico en ese maravilloso instante de descubrimiento simultáneo del sí y del otro. Pero si ese encuentro es fallido por ausencia radical o por insatisfacción, ese soma que debería psiquizarse no tiene otra salida que desarrollarse sin un referente externo y objetal que lo introduzca dentro de un medio cultural que lo humanice (el hombre o es cultura o no es) y eso nos vuelve a unir los avatares de un soma desligado en su desarrollo de aquello que lo puede contener y ese aquello desde lo psíquico no es muy diferente de lo que Lacan plantea como *el otro*, dicho de diferente modo de la realidad, pero una realidad que sea constituyente de una humanidad compartida por el resto de humanos.

En los casos en que el desarrollo del proceso originario no hubiese sido tan precario pero que sí hubiese dejado en situación deficitaria la constitución de las bases del psiquismo, se podría dar el desarrollo compensador de los procesos hipertrofia de un yo desligado de lo primario y secundario, pero éste sería disarmonico. De ahí los posibles empobrecimientos fantasmáticos y la hipertrofia de un yo desligado de lo interno e inclinado a lo externo y lo factual de la realidad.

A. Green (2003, página 149) dice:

El yo registra, observa, juzga y decide siempre desde la triple influencia del ello, el super yo y la realidad y, en particular, de todo lo relacionado con el objeto. En lo que se refiere a la relación con el mundo externo accesible a través de la percepción, este se rige por el principio de realidad y tiene la opción entre obedecerla o transformarla hasta lo que le resulte posible.

De ahí concluimos que un insuficiente desarrollo del proceso originario daría una deficitaria representación de los procesos internos psíquicos y, de ahí, tanto el proceso primario (fantasmático-desiderativo) como el secundario (yoico) se verían afectados, este último porque en ausencia de representaciones psíquicas se desarrollaría alrededor de las percepciones externas de la realidad, que hipertrofiada iría ocupando el espacio de las que le anteceden. Además esa realidad al presentarse a un psiquismo deficitario en sus capacidades de captación afectiva y desiderativa sería una realidad fáctica empobrecida en su aspecto simbólico y sin referencia a ese gran otro estructurante.

Volviendo al concepto de *pictograma*, en ese algo que se constituye en el encuentro con el objeto, que anteriormente no estaba, con una sensorialidad

en trance de constituirse en el momento que se adecua ese encuentro vemos como todo aquello que se da en los momentos precoces del psiquismo si tiene cualidad de placentero es «tomado en sí» y lo «displacentero fuera de sí». Entonces si la experiencia es placentera la experiencia es tomada dentro de sí tanto en su aspecto objetal como en el elemento sensorial que se constituye de ese modo en elemento psíquico propio. Si la experiencia es displacentera no sólo el objeto es rechazado, sino que también lo es parte del psiquismo. Como en ese encuentro el momento perceptivo y su acompañante afectivo son coexistentes e inseparables, lo rechazado fuera de sí desprovee al aparato psíquico no sólo de sus formas representativas si no que también de su componente afectivo o simultáneamente de la posibilidad de que ese psiquismo pueda albergar la capacidad de manejar lo afectivo y de sentirlo.

El empobrecimiento de afectos, incluso antes de que estos puedan constituirse por medio de ese colocar «fuera de sí» lo displacentero, conlleva una carencia fundamental en las capacidades de manejo de las representaciones cargadas de afecto por parte del aparato psíquico y tal como explica Aulagnier (1975, página 49) «no existe sentimiento separable de la posibilidad de expresarlo mediante un enunciado». Ahora bien, para P. Aulagnier *lo originario* no sólo se da en los momentos iniciales del psiquismo sino que se da a todo lo largo de la existencia que «[...] implica una enigmática relación entre lo que llamamos el *fondo representativo* sobre el que funciona todo sujeto y una actividad orgánica cuyos efectos sólo podemos percibir en momentos privilegiados o (en forma privilegiada) en la experiencia psicótica» (1975, página 50). Ello nos acerca a la hipótesis de que desde un lugar de ausencia (vacío) siempre habrá una sensorialidad, un cuerpo, una percepción dispuesta a encontrar, o como sugiere Aulagnier constituirse como sensorialidad en el mismo momento del encuentro con ese algo que en ese instante va a aparecer como objeto. Ello nos acerca a cómo el pensamiento chino concibe el vacío como lugar de creación y de surgimiento, para ese pensamiento el vacío es precisamente el origen desde donde surge la creación.

Por ahí puede desarrollarse que es la posibilidad del *encuentro* acompañado por la palabra que lo enuncia, como va a constituirse un pensamiento capaz de manejar representaciones y de modo especial dar lugar a los afectos.

Precisamente el pensamiento descarnado del operatorio o de la alexetimia pasa a encarnarse en la

alteración del cuerpo, un cuerpo que no ha encontrado o no encuentra en ciertos momentos vitales, la posibilidad de sensorializarse a través de objetos que le permitan psiquizarse.

Finalmente nos planteamos una tercera posibilidad de vacío, que sería un espacio creativo, ese espacio que como hemos dicho el pensamiento oriental (Cheng, 2004) considera como lugar de aparición de lo existente. Este espacio creativo sería compatible con el espacio en donde se dan los fenómenos transicionales (Winnicott, 1971, página 31), espacio en que la madre suficientemente buena ha dejado algo de sí en lo psíquico del niño, pero que lo deja sólo dando la posibilidad de que este cree una «zona intermedia que no es objeto de ataques (las artes, la religión, etcétera) en el adulto. Dicha zona es una continuación directa de la zona de juego del niño pequeño que ‘se pierde’ en sus juegos».

Por último, sugerir si ese lugar de creación, es lo que en el mejor de los casos desearíamos lograr en los encuentros con aquellos que se acercan a nosotros por unos sufrimientos que carecen de historia y que es la espera, el silencio y las intervenciones no intrusivas de los terapeutas las condiciones que harían posible la psiquización de lo que antes era irrepresentable.



Jorge del Río Coll

Bibliografía

- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- CHENG, F. (2005). *Vacío y plenitud*. Madrid: Ed. Siruela.
- DOR, J. (1998). *El padre y su función psicoanalítica*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- GREEN, A. (2003). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- JANIN, C. (2005). «Au coeur del theorie psychoanalytique: le traumatismo», *Monographies de psychanalyse de la Revue française de psychanalyse*. París: PUF.
- LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J. B. (1983). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Ed. Labor.
- MALDAVSKY, D. (1986) *Estructuras narcisistas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- PRIGOGINE, I.; STENGERS, I. (1983). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- WINNICOTT, D. (1971). *Juego y realidad*. Barcelona: Ed. Gedisa.